

El texto de Salvador Castañeda ofrece varias lecturas y éstas dependen de la perspectiva con la que el lector se aproxima al libro. ¿Una aproximación crítica; desde dónde? ¿Desde una perspectiva teórica? ¿Desde la perspectiva que justificaba la aceleración del cambio social, sin importar los medios? ¿Desde quien ha tomado las armas y sobrevivido a las peripecias de ello derivadas? Éste es el caso y, en mi opinión, ahí radica el interés del texto, porque no se trata de una reflexión académica, abstracta, sino de un texto derivado de quien fue consecuente con sus principios.

En los días que corren el lenguaje de los medios y el de un sector de la academia se solaza en ensalzar el advenimiento de una democracia donde la igualdad no es su característica imprescindible. En ese mismo sentido, otro lenguaje, por el contrario, enfatiza las carencias de esta forma de democracia, en la que el inocultable crecimiento de las asimetrías sociales y económicas es su rasgo fundamental y, por ello, enfatiza la urgencia de tomar medidas para corregir las desigualdades. Ambos lenguajes comparten, sin embargo, un mismo supuesto, según el cual la democracia ya es un sistema que está operando. En estas posiciones queda un cono de sombra: lo que ocurre cuando la democracia es un mero vocablo o un ideal sin contacto con la realidad.

El libro que aquí se presenta parte de un enfoque distinto, analiza las experiencias que de acuerdo a la teoría liberal se justifican cuando la democracia no opera. La protesta, la revuelta y, por último, la insurrección, es decir, la guerrilla, son distintas formas justificadas de reacción cuando la sociedad no puede seguir un cauce democrático. Queda claro que tanto la protesta como la insurrección iluminan las

discordancias cuando existe un decir democrático y un hacer autoritario.

La protesta estudiantil de México 68; la revuelta que derivó en el triunfo del Movimiento Nacional Revolucionario boliviano; el asalto al cuartel Madera; la insurrección del Movimiento de Acción Revolucionaria; la guerrilla del Che en Bolivia; el EZLN y por último, el EPR, entre otros, son los casos que analiza Castañeda para pasar revista de los propósitos y las carencias que tuvieron estos movimientos. En otras palabras, el autor no utiliza ninguno de los dos lenguajes antes mencionados. En vez de éstos Castañeda emplea un código en el que lenguaje y acción son fenómenos complementarios y, cuando falta una de las partes, se pierde el sentido de ambos.

La negación del número, en mi opinión, reúne un conjunto de textos que se centran en la acción insurreccional, y en los que se advierten los recursos literarios del autor; los recursos memoriosos provenientes de su experiencia política; y los recursos analíticos producto de una revisión de su formación ideológica. En este contexto, creo entender el sentido del epígrafe: “...los fines de los actos son obra de la voluntad; pero los resultados que en realidad se derivan de ellos no lo son”.

Por el tema y por la postura que el autor adopta, el lector conforme avanza la lectura se enfrenta a un texto polémico, a posturas que no permiten concesiones cómodas; los casos estudiados y los juicios que expresa exigen al lector una toma de postura, ya que los argumentos de Salvador Castañeda ofrecen amplio material para el debate, para la reflexión sobre el sentido de los acontecimientos que le han dado el perfil a nuestra historia reciente. El libro analiza los hechos más significativos de poco más de tres décadas de movimientos armados en la historia de México. Éstos inician en 1964 con Madera y terminan en 1996 con la aparición del Ejército Popular Revolucionario. La primera de estas décadas, corresponde a una etapa en la que la urgencia de cambio social era ampliamente compartida por las fuerzas políticas que operaban a escala internacional, así como por los

paradigmas imperantes en el mundo académico.

La experiencia castrista dio lugar a una inmensa ola, hoy hablaríamos más bien de un tsunami, que cubrió todo el territorio de América Latina; de ahí que los dos Kennedy, John el presidente y Robert su hermano, propusiera, el primero la Alianza para el Progreso y el segundo su bien publicitado libro *La Revolución es Inevitable*, en el que concluía que si no la hacían los propios Estados Unidos, la harían los que ellos consideraban sus enemigos. Ecos de estas tesis repercuten en la dicotomía ¿Reformismo o revolución? que sirvió para caracterizar la etapa. Hubo experiencias reformistas que quisieron hacerse pasar por revolucionarias como “la revolución en libertad” del demócrata cristiano chileno Eduardo Frei Montalva, la revolución peruana de Juan Velasco Alvarado en Perú. En este contexto, el reformismo mexicano se refugió en el tópico de que para revoluciones, la nuestra, ya que sólo los antipatriotas pondrían esto en duda. Para eludir la definición entre izquierda o derecha, el licenciado Echeverría, optó por la burla de: ¡Arriba y adelante! Los corifeos aplaudían el talento discursivo de los representantes del régimen. Otros reformismos hubo que prefirieron refugiarse en el discurso tecnocrático y en sus tópicos de modernización y cambio social.

Entre las experiencias revolucionarias, baste mencionar dos ejemplos, en los que el término liberación los define. Movimiento de Liberación Nacional Tupac Amaru, es decir, los Tupamaros; Ejército de Liberación Nacional, ELN, en Perú.

La segunda década corresponde a la brutal reacción, la represiva y su oleada de dictaduras militares que, a lo largo y lo ancho de la región, se acogieron al mismo discurso de la seguridad nacional y aplicaron la misma política de terrorismo estatal. El régimen mexicano, fiel a su doctrina de que la revolución mexicana era la madre de todas las revoluciones, no tuvo necesidad de pedir argumentos prestados para justificar la represión. La brutalidad del terrorismo estatal, dictatorial o reformista, dio lugar a lo que hoy es conocido como la guerra sucia; ésta convirtió en una ficción al reformismo democrático tan ensalzado en la década precedente.

El recuerdo de las acciones guerrilleras fue borrado mediante una política persecutoria que prefirió combatir ferozmente las acciones de los guerrilleros en vez de establecer políticas que resolvieran las brutales diferencias sociales. Las víctimas de la política represiva, es un dato cada día mejor conocido, se extendieron a amplias capas de la sociedad. Los guerrilleros, convertidos primero en delincuentes, posteriormente fueron anatemizados por la academia, ya como acelerados, como ejemplo de las anomalías del sistema, ya como enfermos y, en el mejor de los casos, como románticos soñadores. En todos los casos, en última instancia fueron presentados como peligro para la sociedad y, con este bárbaro argumento, no se les reconoció derecho alguno.

La tercera década, la de las transiciones a la democracia. El discurso dominante en esta etapa, que se prolonga hasta el día de hoy, borró el pasado -que estudia el libro de Castañeda- y su inocultable secuela de horror y dolor. Fieles a su tradicional estilo gatopardesco, los reformistas de ayer se convirtieron a través de los medios hipnóticos en demócratas sin tacha. Para esta versión edulcorada de la transición a la democracia la izquierda armada no contribuyó en nada al proceso político, la ola de la democracia que caracterizó a Latinoamérica en esos años. En mi opinión, la insurrección armada operó, si se quiere en forma involuntaria, como el catalizador que permitió a numerosos sectores advertir las aberraciones del régimen.

Los momentos que analiza Castañeda fueron los de la acción. Hoy, a cuatro décadas de distancia, es momento para la reflexión. Estos casi cuarenta años desde que se inició la crítica de las armas al sistema político mexicano, no han impedido que se sigan escuchando los ecos de aquellos gritos libertarios, de aquella que fue la hora de los hornos en la que no debía verse sino la luz.

La frase, negación del número, puede interpretarse de distintas maneras. A mi manera de ver, se refiere a la negación de la democracia realmente existente en nuestro país, a sus características excluyentes, tanto en términos de raza, como en términos sociales.

